

simos para adaptar la lengua alemana al nuevo uso, y es necesario conocer el original para entender muchas de estas traducciones, por la dificultad que tuvo el traductor de encontrar voces y expresiones equivalentes á las del original. A pesar de todo, se aumentó el número de traducciones alemanas tan rápidamente que el fecundo poeta alemán Hans Sachs, pudo sacar material para sus innumerables poesías justamente de estas traducciones. El sano criterio indujo á muchos hombres doctísimos á servirse del alemán cuando deseaban hablar á las clases no ilustradas de la sociedad; así lo hizo Reuchlin en su elocuente defensa del principio de «que también el seglar puede estudiar las sutilezas teológicas.» Hutten tradujo sus propios escritos latinos al alemán cuando se hubo convencido de que interesaban al público en general y no solamente al reducido número de los que sabían latín.

Paso á paso, llamó la atención de los alemanes doctos su idioma y empezaron á estudiarlo. Según Juan Müller, pueden distinguirse tres períodos en el desarrollo de este estudio: en el primero, anterior al humanismo, hasta cierto grado se buscaron las equivalencias alemanas para los vocablos latinos, pero la lengua de la enseñanza era el latín; en el segundo período, que es el del humanismo, servíanse los profesores del alemán cuando no había otro medio de explicar los textos latinos; y en el tercer período, posterior al humanismo, se estudió el alemán y se investigaron y fijaron sus reglas gramaticales. En un tratado impreso el año 1486, explica el autor los casos y tiempos latinos comparándolos con los alemanes; otro libro titulado: *Exercitium puerorum*, del cual se conocen trece ediciones impresas desde 1485 hasta 1506, cuyo autor se supone holandés y amigo de Agrícola, dedica un capítulo á la comparación del alemán con el latín para facilitar á los alumnos el trabajo de traducir. Es la primera tentativa rudimentaria del estudio comparativo de los dos idiomas, y además notable porque reconoce tácitamente el alemán como lengua de enseñanza. Otro paso más decidido dió Juan Aventino, con dos gramáticas latinas que publicó en los años 1512 y 1517, y en las cuales puso al lado de las formas latinas las correspondientes alemanas. No obstante, no se conoció en Alemania en todo el tiempo del humanismo gramática alguna completa ni alemana ni latina, porque si bien se dió mucha importancia á la posesión de las lenguas antiguas, no existía la ciencia filológica todavía, se aprendían las lenguas pero no se analizaban.

De la literatura histórica del tiempo del humanismo hemos hablado ya algo al hablar de Tritemio, Wimpheling, Bebel, Peutinger y Cuspiniano y de sus trabajos históricos relativos á la Roma antigua y á la Edad media, aunque en realidad no eran más que declamaciones patrióticas. Así sucede también con la *Descripción de Alemania (Exegesis Germanica)* de Francisco Irénico (1495-1559), con los *Tres libros de historia alemana (Rerum Germanicarum libri tres)*, de Beato Rhenano, que vivió desde 1485 hasta 1547, y finalmente, con las obras históricas de Juan Aventino.

Irénico había adoptado este nombre griego en lugar del suyo, que era Friedlieb, que significa lo mismo, es decir, Pacífico. Su obra citada es, como ya dijimos, lo que eran todos estos trabajos entonces, á saber, una apología de los alemanes en frente del desprecio con que hablaban de ellos los extranjeros. Irénico alaba la moralidad, el número y disposición artística de los alemanes, celebra su historia gloriosa y la grandeza del emperador, pero los doce libros en que se divide su obra no forman una historia eslabonada ni ordenada. Los primeros tres libros hablan de antigüedades germánicas, los cuatro siguientes contienen un compendio de la historia de Alemania durante los primeros siglos de la Edad media,

y los cinco libros restantes tratan de la geografía de aquel país. En toda la obra abundan las digresiones, el autor intercala cartas y poesías de sus amigos, dedica demasiado espacio á la historia y la genealogía de sus soberanos los condes del Palatinado, encomia á la universidad de Heidelberg, á la cual se propone dedicar la obra, y no omite ocasión para citar los autores antiguos. Como estilista no es malo, pero tampoco maestro; carece del criterio histórico, si bien no ignora que el historiador ha de ir á las fuentes para ilustrar las cuestiones que trata, y finalmente, participa de los errores é ignorancia de su época respecto de antigüedades y etimología. Lo que hace interesante su obra es el amor sencillo y vigoroso á las glorias de la raza alemana que respira, siendo por consiguiente única en su clase.

La *Historia de Alemania*, de Beato Rhenano, miembro notable del círculo humanista de Alsacia, es menos patriótica que la anterior, pero más seria, y está mejor ordenada y escrita con criterio. Trata casi exclusivamente de la Edad media alemana en artículos sueltos sobre puntos geográficos, sucesos históricos, administración de justicia y lenguaje, mostrándolo todo con claridad y dando prueba de conocimientos muy notables. Rhenano es ante todo historiador crítico é investigador, y en segunda línea, patriota; por esto no se deja cegar por las fábulas de otros historiadores, que solo cuentan grandezas en los alemanes y no quieren que los galos fueran en épocas anteriores dueños del territorio alemán; se rie de la tendencia pueril de querer derivar los nombres alemanes de lenguas extrañas y la raza alemana de los troyanos; rectifica pasajes de obras manuscritas é impresas valiéndose de su conocimiento de las lenguas antiguas; examina la autenticidad de las obras y noticias, y analizando la obra publicada, en 1498, por Juan Nanni, como obra de Beroso, y comparando sus datos con el texto griego de Josefo, demuestra que la tal obra es una invención más moderna. Se rebela, como sus colegas humanistas, contra el desprecio con que los extranjeros hablan de los alemanes; admira y cita como ellos los autores antiguos, bajo cualquier pretexto, solo para lucir sus conocimientos, y odia á los frailes por su ignorancia, tratándolos de fomentadores de fábulas ridículas y de enemigos de la verdad.

Estos rasgos característicos de la época, y por lo mismo de los humanistas, hijos de ella, distinguen también á Juan Aventino, que vivió desde 1477 hasta 1534, y fué el historiador más notable del período humanista y fundador de la ciencia histórica en Alemania. Goethe dice en sus obras: «Los que conocen el corazón humano y el desarrollo intelectual del individuo, no negarán que bastan la historia de Suiza por Tschudi y la de Baviera por Aventino, sin necesidad de otros libros, para educar bien y hacer de cualquier joven un hombre cabal.» Este dicho será exagerado, pero es el testimonio verídico de que los autores referidos se presentan en sus obras con una naturalidad tan rara como halagüeña.

Prescindiendo de muchos escritos de menor importancia, diremos aquí que las obras principales de Aventino, la *Cronica de Bavaria*, escrita en alemán, y los *Anales de los Boyos*, escritos en latín, no se distinguen por la abundancia y novedad de los datos ni por la disposición y distribución del material. El autor repite simplemente lo que entonces ya se sabía por otras obras; no faltan en la suya digresiones innecesarias, y la mezcla de materias heterogéneas es tanta que hablando del poderío de la república de Venecia, intercala la noticia del nacimiento de una niña de maravillosa conformación. La importancia de estas dos obras consiste en la manera que tiene el autor de considerar y escribir la historia.

El ser historiador, dice Aventino, es un don y una merced especiales de Dios bondadoso y omnipotente. El objeto de la historia es político y moral; es el estudio de las necesidades y derechos del hombre, y de sus deberes para con sus contemporáneos y la posteridad. Para indagar y señalar estos «derechos y deberes» debe hablar solamente la verdad pura, que no mira á personas ni instituciones, ni á cosa alguna. Aventino, siguiendo la corriente popular, miraba con malos ojos al clero, del cual aconsejaba huir como de los lobos, porque estaba entregado á todos los vicios. Fué amante de su país y lo creía heredero del mundo, la cuarta y última monarquía de la profecía de Daniel. El amor á su país le hizo criticar sus costumbres feas, su inmoralidad, la debilidad del emperador y la desunión de los príncipes. En fin, como era costumbre general de la época, exagera los méritos y la grandeza de su país.

No fué Aventino tan leido ni tan instruido como los humanistas más notables de su tiempo: creía sencillamente todas las fábulas, como la de que los alemanes descendían de los troyanos; tomaba por verdadera la obra espúrea atribuida á Beroso, y ponía muy tranquilamente en boca de personas de la antigüedad, y de la Edad media discursos llenos de alusiones al tiempo en que él vivía. Su opinión como historiador es pesimista, pero lo que le pone muy por encima de todos los humanistas doctos, graves, pedantes y satisfechos de su latín, es que á pesar de haber recibido una educación literaria y de lucir su saber hasta en ocasiones poco oportunas, escribió en alemán claro y puro, al alcance de todo el mundo, «porque,—decía—nuestros escritores, enreídos con su latín, tuercen y fuerzan nuestra lengua, la adulteran y mezclan con palabras latinas sueltas, oscurecen el sentido con grandes rodeos y á la fuerza quieren latinizarla, cosa evidentemente contraria á la razón.» Todo esto pinta al hijo del pueblo. Aventino, además, acusa en su obra á las clases superiores de ser la causa del estado lastimoso de las cosas. «Buscan,—dice,—la riqueza, el poder y los honores á costa del sudor y la sangre de los pobres, inocentes y sumisos; porque todos los caprichos, proyectos y pecados de los ricos los pagan los pobres con lo poco que tienen, y cuantas son las cadenas de oro, sortijas y vestiduras de terciopelo y seda que gastan los amos, otros tantos son los súbditos que se arruinan.» En otro pasaje dice este adalid popular que al pueblo, para ser libre, no le basta la libertad del pensamiento, sino que ha de tener también la de la palabra, á fin de que cada uno pueda decir sin temor lo que piensa.

La geografía, compañera inseparable de la historia, se confundía entonces con ella, porque consistía más en descripciones patrióticas de las bellezas, riqueza y feracidad del territorio alemán, que en otra cosa; pero con los grandes descubrimientos que hicieron memorable aquella época, adquirió el estudio de la geografía también un vuelo poderoso. Entonces y hasta mucho después eran y siguieron siendo geógrafos los historiadores, en su mayor parte, como hemos visto, entre otros, al hablar de la obra de Irénico. Joaquin de Watt, que prefería llamarse Vadiano, fué entre los muchos humanistas universales uno de los más universales de aquella época, porque además de poseer las lenguas antiguas clásicas, era teólogo, historiador, geógrafo, médico y hombre político; empezó sus tareas histórico-geográficas con la descripción de su ciudad natal, San Gall, en la cual supo conciliar el afecto filial con la justicia del imparcial observador.

Enrique Loriti, de Glaris, á quien ya conocemos como sabio y patriota suizo, no limitó sus trabajos geográficos á su patria en particular sino que abarcó todo el mundo conocido entonces y nombró también la América; pero el grandioso

descubrimiento del Nuevo Mundo no causó en los literatos alemanes la profunda impresión que en los sabios de otros países, como en Italia y España. Esta indiferencia debe atribuirse, en primer lugar, al ningún interés que los humanistas alemanes se tomaban por el comercio y por todo cuanto no se rozaba con el latín y las literaturas antiguas, y en segundo lugar al aislamiento del pueblo alemán, separado en general del gran comercio del mundo. La poca importancia que en Alemania se daba á todo cuanto excedía del estrecho horizonte de la gente científica del país, resulta muy bien de una carta escrita por Tritemio en 1507, en la cual dice que no le sobraba tanto el dinero que pudiese gastar 40 florines por un mapa-mundi, y que nadie le haría creer que un mapa-mundi valiera aquella suma. La reacción contra esta ignorancia salió, al fin, más ó menos tarde, de la misma clase, que á pesar de todo era la más inteligente del país; y el ya citado Joaquin de Watt ó Vadiano escribió en 1518: «Tocante á las opiniones sobre la situación del mundo, merecen más confianza los autores modernos, que miran las cosas con espíritu independiente, que las relaciones de los antiguos.» Referáse Vadiano á una relación en lengua latina del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, publicada en 1503 por Martín Waldseemüller, que se llamaba Hilacomilo. Tres años después se publicó la misma obra en lengua alemana, y en ella se encuentra el pasaje siguiente: «Esta cuarta parte del mundo puede muy bien llamarse América, como quien dice la tierra de Américo (Vespucio), pues que este la descubrió.» El autor de esta proposición injusta es el culpable de la gran injusticia que sus contemporáneos hicieron al verdadero descubridor de América (1). Por lo demás, los alemanes, sin ser nación descubridora, contribuyeron á divulgar los descubrimientos hechos por otras naciones. Algunos alemanes, como Martín Behaim, de Nuremberg (1459-1506), habían contribuido á los descubrimientos españoles y portugueses con sus instancias y apoyo intelectual. El y otros alemanes prepararon los grandes trabajos de estos con sus mapas y globos terrestres, no obstante lo muy imperfectos que eran.

En la época del humanismo pocos debieron ser los alemanes que sospecharan que la geografía era una ciencia y una rama de las ciencias naturales, cuando estas mismas estaban limitadas á lo que decían sobre ellas los autores antiguos latinos. El italiano Ermolao Barbaro dió el primer impulso al estudio de la historia natural, en particular á la botánica, enmendando y rectificando el texto de Plinio y publicando una traducción del botánico griego Dioscórides, á la cual añadió cinco libros de corolarios sacados de otros autores antiguos, que se referían á las plantas descritas por aquel. Esta obra fué la base para el estudio del reino vegetal en Alemania. Por lo pronto se ocuparon en él con fruto los ya citados conde de Nenenaar y Euricio Cordo, el satírico, el cual dió una nomenclatura de las plantas descritas por sus antecesores. Odon Brunfels publicó 229 grabados de plantas observadas naturalmente por él mismo, y que trató de identificar con las descritas por Dioscórides. Jerónimo Bock fué el primero que describió las plantas racionales y detalladamente, con la indicación exacta del sitio donde crecían y agrupándolas por afinidad en lugar de describirlas alfabéticamente.

Otro humanista alemán que ya conocemos, Jorge Agrícola (1490-1555), es considerado como el fundador de la mineralogía europea moderna. Hasta la edad de 30 años estudió exclusivamente la literatura antigua, y desde su regreso de Italia dedicóse á la mineralogía, sin renunciar por eso á sus

(1) Véase sobre esto: «La época de los grandes descubrimientos geográficos,» que forma parte de esta HISTORIA UNIVERSAL.

estudios anteriores, para comparar los datos de los antiguos sobre minerales con los conocimientos de la época en que vivía. Dos son los escritos principales que redactó sobre esta materia; en uno trató á grandes rasgos de la geología en general, y en el otro describió y agrupó sistemáticamente los minerales que conocía, según sus cualidades físicas, como el color, transparencia, sabor, olor, dureza, peso y figura, su aplicación y criadero, ilustrando la obra con grabados en madera. Agrícola era uno de los pocos sabios prácticos de su época, que no pasaba su vida clavado en su bufete y entre sus libros sino que tomó parte activa en las cuestiones que

agitaron entonces los ánimos. Escuchando solamente su criterio propio, no se dejó arrastrar por ninguna contraria á él, y sin temor á las consecuencias ni á los disgustos, que no le faltaron, permaneció fiel á la Iglesia católica.

Entre las ciencias naturales se incluían también las matemáticas y la medicina. Esta última debió también el impulso regenerador que recibió, al estudio y rectificación de los textos antiguos; pero pasó mucho tiempo antes de que los genios modernos añadieran á la ciencia antigua observaciones nuevas y personales, porque nadie se atrevía á rebelarse contra aquellas autoridades venerandas á cuyo estudio estaba

IOANNES STOFFLERVS Mathematicus:



*Quem genuit Iústinga fouet, sepelitq; Tubinga:
Proclis sum inserpres, auctor Ephemeridum.*

M. D. XXXII.

Juan Stoffler

Copia de un grabado que ilustra la obra de Reusner: *Icones sive Imagines virorum Literis illustrium*, publicada en 1590 en Strasburgo

limitada la carrera médica, á la cual, por lo general, solo se dedicaban los pobres con el objeto de ganarse la vida. Esto explica las frecuentes quejas que entonces por todas partes se oían de la ignorancia de muchos médicos. Un decano de la universidad de Viena dijo que las lecciones de los doctores en medicina en aquel centro de instrucción, no valían nada; que aquellos catedráticos eran unos ignorantes vanidosos y pendencieros. Otro catedrático dijo que sus colegas merecían ser expulsados de la universidad. Los que se quejaban así no eran jóvenes envidiosos, sino hombres serios, reposados y respetados por su ciencia.

Las matemáticas y la astronomía hicieron progresos notables en el período humanista, á consecuencia de los trabajos importantísimos de Juan Müller de Koenigsberg, conocido en el mundo científico por *Regiomontano*. Este sabio, que vivió desde 1436 hasta 1476, fué calificado por el italiano Jovio de

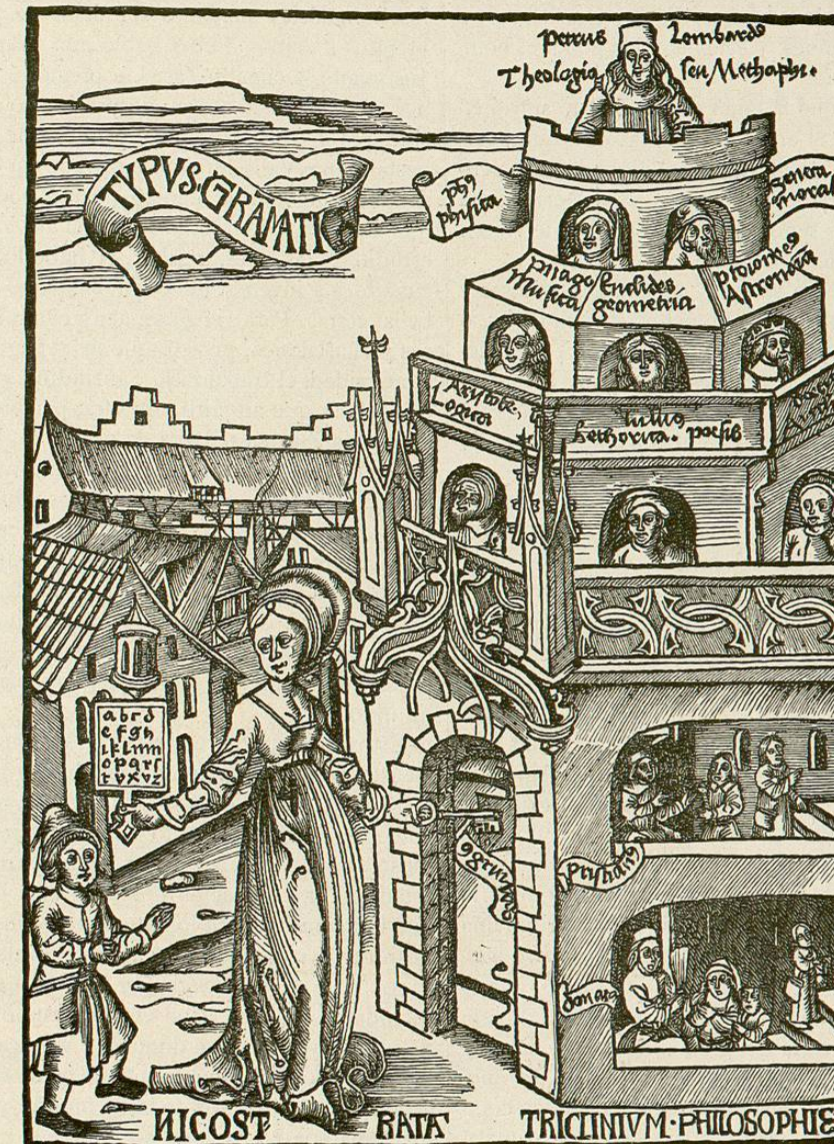
«astrónomo el más eminente que el mundo ha conocido.» Los humanistas alemanes le veneraban porque había cultivado con entusiasmo el estudio de los autores antiguos; los patriotas le admiraban porque con su ciencia honraba al pueblo alemán, tan vilipendiado por los extranjeros, y los moralistas se enorgullecían de contarle entre los suyos porque fué la demostración más palpable de que la verdadera ciencia es inseparable de la moral.

Con todo, no hay que olvidar que tanto los matemáticos como los médicos eran entonces casi todos adeptos de la astrología, y por esta razón es oportuno que aquí digamos algo de esta pretendida ciencia, cuyo jefe era en aquella época, en Alemania, Juan Stoffler, natural de Justingen.

Este humanista, que vivió desde 1452 hasta 1531, sabía un poco de todo, según la costumbre de la época, porque todas las ciencias, menos la teología, se reducían á lo que habían

escrito los autores clásicos; y estudiando latín, y si podía ser griego, y leyendo los autores que constituían toda la ciencia humanista, se sabía todo cuanto un erudito podía entonces saber. Así Stoffler fué, además de teólogo, profesor, médico, matemático, astrónomo, cosmógrafo y mecánico, es decir, humanista. Había estudiado en Ingolstadt, cuya universidad dijo había sido para él «dulcísima madre en las artes liberales.» Por su aplicación en todas las asignaturas había obtenido la plaza de cura-párroco de su pueblo natal, y como su

ambición se halló con este empleo satisfecha, costó mucho hacerle aceptar la cátedra de matemáticas y astronomía en la universidad de Tubinga, hasta que en 1511 cedió á las continuas instancias del duque Ulrico de Wurtemberg. En Tubinga trabajó enseñando, estudiando y escribiendo, calculando calendarios, construyendo relojes, indagando lo pasado y lo venidero, y mostrándose al mismo tiempo tan sinceramente devoto, que él mismo se llamaba «adali de la Iglesia de Jesucristo.» La fe religiosa le guió también en sus cálculos



El edificio de la filosofía. Alegoría.

Copia de un grabado en madera de la obra de Gregorio Reysch: *Margarita philosophica*, impresa en 1503 en Estrasburgo

astroológicos, convencido de que Dios dirige el curso de los astros y estos determinan el desarrollo corporal é intelectual de los hombres. No ignoró Stoffler que los médicos se reían de él, y que los teólogos se escandalizaban, pero á estos creía poder reducir al silencio con su conducta devota y á aquellos apaciguaba diciendo: «Que nadie crea que quiero meter mi hoz en miés ajena, que está encomendada á los señores médicos y no á mí.» No obstante da consejos curativos, prescribe el tiempo en que se ha de tomar medicina ó se han de comenzar ciertas curas, al uso naturalmente de la gente lega, hablando en prosa y en verso, pero en versos que dan una tristísima idea de su talento poético.

Como astrólogo, había adquirido Stoffler una fama excepcional, que no decayó aun cuando no se realizaron sus pro-

nósticos, como cuando publicó en 1499 en sus *Efemerides* la siguiente profecía para el 25 de febrero del año 1524: «En este año no habrá eclipses ni de sol ni de luna, mas en cambio se verán figuras singulares de estrellas errantes, porque en el mes de febrero habrá veinte conjunciones de las estrellas más pequeñas hasta las más grandes, de las cuales diez y seis señalarán agua, y anuncian grandísimos é indudables cambios y revoluciones en todo el universo, en todos los climas, imperios, provincias, clases de la sociedad, en los animales terrestres y acuáticos, y en todas las criaturas de la tierra; cambio como no han visto las personas más ancianas ni han descrito los historiadores desde siglos.» Esta profecía hizo una impresión inmensa en aquel tiempo, en el cual la credulidad y la superstición eran generales. Muchos creían que en aquel